

VARIOS SOLDADOS (*trayendo atado á Oriel*).

Jepthé, tu esclavo habia desertado, y lo hemos cogido camino de Maphá.

JEPHÉ.

¿Has desertado? Ingrato. En mi casa te traté siempre, segun la ley de Dios. Pero ¿cómo has desertado camino de Maphá? Si querias salir de nuestro dominio, debiste tomar, ó el desierto, ó la montaña. Pero el camino de las ciudades de Israel, llenas hoy de tropas. ¡Qué insensato! ¿Por qué, por qué has tomado camino de Maphá?

ORIEL.

Dueño mio, no puedo decirtelo.

JEPHÉ.

Pues yo tampoco puedo evitarte un castigo. Soldados, azotadlo, y luego imponedle la pena más leve que el Código de Moisés reserve al esclavo desertor. Este dia es dia de regocijo. ¿Quién, quién saldrá primero á mi puerta?

XI.

LOS HABITANTES DE MAPHÁ.

Ya viene el gran general. Convirtamos nuestro corazon todo entero en su hogar, y vinculemos su memoria en la conciencia y en la memoria de nuestros hijos. Éramos siervos y Jepthé nos ha redimido. Estábamos desposeidos de nuestras riquezas y Jepthé nos ha en nuestras riquezas reintegrado. A sus manos debemos la reedificacion del templo de Jehová; y á su espada debemos la salud de la pátria. Sólo tiene una hija, virgen como el ampo de la nieve sobre la montaña, y hermosa como la flor cargada de rocío en el alba. La luna de Enero no es tan clara como su rostro, ni la primer estrella de la tarde tan luminosa como el resplandor de sus ojos. Buscaremos para su lecho el mancebo más jóven y más hermoso de todo Israel. La dotaremos con riquísimos presentes.

Y en ella, en su familia, en su descendencia, honraremos al vencedor de los hijos de Amnon, al salvador de los hijos de Israel.

CORO DE CAUTIVOS.

Nuestros jefes nos habian ofrecido que serian esclavos nuestros los hijos de Israel y por concubinas nuestras sus hermosas hijas. Habíannos dicho que apurariamos su vino en los vasos de sus templos, y que convertiriamos sus joyas en riquezas de nuestras arcas. Y somos cautivos. Y el hierro oprime nuestros piés, y el látigo chasquea sobre nuestras cabezas. Y venimos aquí en testimonio del valor y de la fortuna de su general Jephthé, á quien todavía debemos agradecer que nos haya hecho cautivos adscritos á su servicio, y no víctimas inmoladas sobre las aras de su Dios.

CORO DE GUERREROS.

Los hijos de Amnon eran como las hojas de las selvas, como las arenas del desierto, como las gotas de agua en los mares. Cuando nos acercábamos á ellos creíamos que nos sumergirian pronto

en su inmensa muchedumbre. Pero Jephthé se puso en oracion y Dios ha oido á Jephthé.

JEPHTHÉ.

Yo agradezco á vencedores y á vencidos sus alabanzas. Pero no debeis, no, alabarme á mí, sino á Jehová que vino en nuestro socorro. Sólo Dios es vencedor, porque sólo Dios es fuerte.

ANCIANOS DE ISRAEL.

Jephthé, vamos á conducirte á tu casa. Allí instrumentos de todo género halagarán tus oidos, aromas riquisimos purificarán tu cuerpo, y aguas clarisimas lavarán tus piés heridos por las espinas de las batallas.

JEPHTHÉ.

¿Qué decis? ¿A mi casa? ¡Oh! El funesto voto.... La sangre me hierva. Los ojos quieren saltarse de las órbitas. Se me rompe el corazon dentro del pecho. ¿Por qué, por qué no fui vencido?

ORIEL (*arrojándose á las plantas de Jephthé*).

Perdona mi desercion. Quitame estas cadenas. Déjame andar, correr. Yo sé cuál es mi destino. Quitame estas cadenas. Desátame del carro de guerra á que voy atado ; te lo pido por tu Dios, te lo pido por tu hija.

JEPHTHÉ (*siguiendo su camino*).

Aparta, esclavo, aparta. No me cierres el paso.

EL PUEBLO (*encaminándose á casa de Jephthé*).

Óyese ya ¡oh guerrero! una dulce melodía que llena los aires. Son los címbalos y los salterios que consagra tu hija, la hija de tus entrañas á la victoria de su padre.

CORO DE DONCELLAS (*dentro de la casa*).

Alabad al Señor desde el matiz que tiñe las alas de la mariposa hasta la luz que llevan las estrellas en su dorada superficie. Alabad al Señor, hisopo del desierto, adelfa del torrente, encina de los valles, cedro de los montes. Alabad al Señor,

luciérnagas perdidas en los torrentes y soles perdidos en los abismos. Alabad al Señor la alborada y el anochecer, los crepúsculos y el mediodía. Alabad al Señor los vivos, alabad al Señor los muertos, alabad al Señor desde el vientre de vuestras madres, generaciones que estais por nacer. Que el vapor de las aguas, que el rocío de las nubes, que la oracion de los creyentes, mezclándose con la mirra y el incienso alaben al Dios de las misericordias.

JEPHTHÉ (*mirando con anhelo á la puerta*).

Nadie, nadie á la puerta de mi casa. ¡Ah de mis esclavas!

LA HIJA DE JEPHTHÉ (*saliendo sola á la puerta*).

Padre. Padre, padre mio.

JEPHTHÉ (*cayendo de espaldas*).

Me han muerto. Mi hija ; maldicion, maldicion....

## LA HIJA DE JEPHÉ.

La alegría de haber visto á su hija despues del combate, en que vuelve, como yo esperaba, vencedor, le ha robado el sentido. Demos agua fresca á sus sienes; demos esencia de nardo á sus labios; demos á sus piés besos de filial amor.

JEPHÉ (*volviendo en si*).

Hija mia, ¿por qué saliste sola á la puerta, por qué?

## LA HIJA DE JEPHÉ.

Porque nadie debia verte en tu casa antes de que te viera tu hija; porque nadie debia hablarte antes que tu hija te hablara. Yo habia empapado con mis lágrimas el suelo del hogar durante tu ausencia. Yo habia importunado á Dios con mis oraciones durante tu combate. Yo habia sentido, como si un celeste ángel viniera á decirme lo, tu excelsa victoria. Yo he recorrido la tribu cantando y danzando con mis compañeras, como María al pié del Sinai. Y yo he querido ser la primera en saludar á mi amado padre, y en abrirle las puertas de su casa.

## JEPHÉ.

¿Por qué no me vencieron los ammonitas? ¿Por qué no hicieron trizas mi cuerpo, y lo entregaron á los lobos y á los cuervos? Yo no hubiera padecido tanto como ahora padezco. Me muerden todas las penas juntas el corazon. Me lo arrancan á pedazos. Mis entrañas están laceradas, mi cabeza consumida. Jehová, Jehová, mátame, mátame pronto.

## LA HIJA DE JEPHÉ.

¿Delira? La alegría le ha robado la razon.

## JEPHÉ.

No, hija mia, hija de mi corazon. No es la alegría; es el más intenso, el más rabioso de los dolores que ha sentido hombre. En dos minutos la piel se me ha adherido á los huesos calcinados. Ardo, y muero en medio de las mayores angustias. La hiel brota en mis labios y la luz se retira de mis ojos. ¿Por qué, por qué habré nacido?

## LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Ha hecho á Dios un voto horrible, pero un voto que debe cumplirse. La palabra dada á Jehová es una palabra irrevocable. Tú ofreciste la víctima, y Jehová la ha señalado. Cúmplase en el cielo y en la tierra su voluntad soberana.

## LA HIA DE JEPHTE.

No os comprendo. Hablad claro. Nada me aterra como el dolor de mi padre.

## JEPHTE.

Dios de Israel, ¿no podías preservar á este padre infeliz de tanto horror como preservaste á Abraham?

LA HIA DE JEPHTE ( *cubriéndose el rostro con las manos* ).

Todo lo comprendo. Dios me ha escogido como víctima expiatoria de los pecados de toda mi tribu. ¡Morir, morir tan jóven! Cuando la victoria sonreía á mi padre, cuando la libertad á mi pue-

blo, cuando el primer amor á mi corazón, llega la implacable exigencia del sacrificio. Jehová, Jehová, ten piedad de mí.

## JEPHTE.

Hija mía, ya es hora de que sepas tu desgracia y mi desgracia. Rasgadas están mis vestiduras, pero no como tu corazón, no como mis entrañas. Pasaba yo por la extranjera tierra, cuando de pronto, se presentó á mi el ejército enemigo. Medí de una ojeada su fuerza y nuestra fuerza. Ellos eran innumerables, nosotros pocos. Entonces creí que nada podríamos hacer sin el auxilio inmediato, instantáneo de Dios. Y le ofrecí un sacrificio. Le ofrecí inmolar en sus aras la primer persona que al tornar vencedor saliese á recibirme á la puerta de mi casa. Y has salido tú, mi única hija. Has salido tú, mi consuelo ayer, mi vida hoy, mi única esperanza mañana. Has salido tú, la virgen más bella de Israel. No puedo, no, revocar mi voto. Por él obtuvimos la victoria. Por él dispersamos á los amonitas. Por él tenemos patria. Sin su cumplimiento volverá Israel á una esclavitud peor que la esclavitud de Egipto, y sus hijos serán siervos, y meretrices del vencedor sus hermosas hi-

jas. Pero has sido bien cruel tú, bien cruel, presentándote la primera ante tu triste padre.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Padre, padre mio.

JEPHÉ.

No me llames así; me partes el corazon en mil pedazos.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Padre mio....

JEPHÉ.

Nombre dulcísimo, que debe resonar en su corazon horriblemente.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Padre, padre, que la voluntad de Dios sea cumplida.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Bendita sea mil veces la familia de Jephé. Bendito su padre Galaad; bendita hasta la impura madre que le engendró en sus entrañas. Bendita la hija virginal y purísima que en holocausto se ofrece por todo el pueblo de Israel. Que lo juzgue, que lo dirija, que lo gobierne Jephé, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires.

CORO DE GUERREROS.

Jephé es el salvador de Israel. Sus oraciones han traído á Jehová con nosotros. Su brazo ha dispersado lejos de nosotros á los ammonitas. Sus votos religiosos aseguran la alianza de Jehová con su pueblo. Y, al ofrecer su hija en holocausto, ofrece todo su corazon por su pueblo. Alabad á Jephé por generaciones de generaciones, hijos de Israel.

CORO DE VIRGENES ISRAELITAS.

Benedicid, pueblos; benedicid, generaciones venideras, á la hija de Jephé. Más hermosa que la luna nueva, más benéfica que la nube cargada de

rocío, sus gracias son el ornamento de Israel. Cuando ella canta, las aves del cielo suspenden su cántico por oirla. Cuando dirige sus oraciones al Eterno, hasta las estrellas rezan con sus palabras. ¡Cuántas veces, al morir el sol en las tardes tranquilas de la primavera, hemos subido á las colinas sembradas de lirios, y entre los címbalos, las cítaras, los salterios, ha danzado una danza sagrada, y ha dirigido á Dios sus oraciones en las cadencias de misteriosas melodías. Las palomas de las valles que venían á beber al manantial, antes de recogerse, paraban su vuelo, y oían aquel cántico lleno de una melancolía parecida á misterioso presentimiento. Hija de Jephthé, ceñiremos á tus sienes guirnaldas de puras flores. Tegeremos para envolver tu cuerpo blanco cenizas de lino. Empaparemos en la púrpura de tu sangre nuestros mantos, y los dejaremos como enseñas á las venideras generaciones. Y todos los años, en el aniversario de tu sacrificio, irá Israel entero á recordar tu virtud, y á cantar tu hermosura, para que el recuerdo de tu nombre jamás se extinga.

## UN JÓVEN GUERRERO.

Jephthé, Jephthé. Yo amaba á tu hija, y tu hija me amaba á mí. Yo fui á la guerra contigo, y cuando me veías á tu lado distinguirme entre todos, distinguíame para decirte que la amaba, y que me permitieras llevarla á mi tienda, llamarla mi esposa y tener en ella hijos que á tí y á los tuyos se pareciesen. Morena es tu hija, porque el sol la ha besado; y son sus lábios como manojos de mirra. A la yegua del desierto la he comparado en lo esbelta; y á la cabra del monte en lo ligera. Su voz halaga el oído como el arrullo de la paloma; y sus ojos repiten los objetos como las claras aguas del lago. Cuando me veías con la agilidad del gamo correr al encuentro del enemigo; y con la furia del tigre saltar sobre sus lomos para acabarlos; y con la fuerza del león esparcirles en tierra, la victoria que yo soñaba era la victoria de llamarme tu yerno, y el premio que yo quería era arrastrar tu hija, la hija de Jephthé, entre los brazos á mi lecho. Yo atravesaba los montes, saltaba los collados por verla un momento. Y ahora que estamos en la victoria, y en la estación de la vida; ahora que se oye la voz de la tórtola, que brota la espiga del maíz, que la hi-

guera ofrece sus frutos destilando miel, y la vid sus ubérrimos racimos, ahora viene el sacrificio, la muerte. Mátame á mí, si quieres; mátame á mí. Pero déjala á ella, deja á mi amada, para que dé hijos dignos de Jephthé al pueblo de Israel.

CORO DE MANCEBOS.

Eran como la rosa y el lirio. Ella tierna, llevaba la oracion y el cántico en sus labios; él fuerte llevaba la espada tinta en sangre enemiga sobre su pierna izquierda. Nosotros hubiéramos fabricado de cedro el lecho de sus amores y tegido las coronas de los desposorios. Al verlos sonreir, los collados hubieran evaporado todo su incienso para perfumarlos. En los montes del Libano hubieran pasado los dias primeros de su boda, para engendrar en las madrigueras de los leones y entre los nidos de las águilas un primogénito fuerte como el roble y como el cedro. Panales destilando rica miel, cestas llenas de granadas, odres rebosando blanca leche, tarros henchidos de unguentos olorosos, hubiéranse reunido en sus bodas, y ánforas de vino que nos embriagaran á nosotros de alegría, como á ellos dos, jóvenes y hermosos el amor los embriagaba de placer.

JEPHÉ.

¡Oh furor!

LOS ANCIANOS.

No tientes á Dios.

JEPHÉ.

Me muero, me muero de pena.

LOS ANCIANOS.

Resignate á la voluntad de Dios.

JEPHÉ.

No cumpliré mi voto.

LOS ANCIANOS.

Calla, calla.

JEPHÉ.

No lo cumpliré. Muera yo, muera mi pueblo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



LOS ANCIANOS.

No digas eso, desgraciado. Dios la castigará cruelmente. Dios la consumirá con su fuego. Dios no puede quedarse sin su víctima.

JEPHE.

Es verdad, es verdad.

LOS ANCIANOS.

Pues si es verdad, ¿á qué lamentaciones inútiles?

JEPHE.

Los padres habeis tenido hijos, y extrañais que me lamente. Si pudiera enseñaros mi corazon os horrorizaríais al ver la inmensa llaga que lo cubre.

LOS ANCIANOS.

Dios te consolará.

JEPHE.

Dios puede matarme, Dios puede devolverme la vida. Lo que no puede Dios, no, es consolarme.

LOS ANCIANOS.

Jepthé, no blasfemes.

JEPHE.

¿Hay mayor blasfemia que matar un padre á su hija?

LOS ANCIANOS.

La de ofrecer ese voto á Dios y no cumplirlo.

JEPHE.

Si no puedo.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver á tu pueblo esclavo?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver nuestras mujeres conducidas en los carros del vencedor?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver el ara de nuestro Dios destruida?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver tu hija devorada por el fuego del cielo, maldecida hoy por Israel, maldecida eternamente por el Dios de tus padres?

JEPHÉ.

No, no.

LOS ANCIANOS.

Pues máatala; mata á tu hija.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Yo ofrezco mi cuello á la cuchilla. Mátame.

JEPHÉ (*retrocediendo horrorizado*).

¡Oh funesto voto! ¡Voto funestísimo! Israel, Jacob, Moisés, ¿qué hubieras hecho?

LOS ANCIANOS.

Cumplir las promesas hechas á Dios.

JEPHÉ.

¿Y no bajará el ángel que detuvo la mano de Abraham al querer consumir un sacrificio no tan cruel como este sacrificio?

## LOS ANCIANOS.

No descendiera, no, si Abraham hubiera mostrado la indocilidad á los mandatos divinos que tú has mostrado.

LAS VÍRGENES DE ISRAEL (*de rodillas ante Jephthé*).

Doloroso es el sacrificio, pero indispensable. Lo ha oído el cielo, y Dios lo ha aceptado. La más hermosa de las doncellas de Israel va á ser sacrificada, porque así lo quiere la voluntad del Eterno. A nosotras sólo nos toca reconocer su providencia y acatarla en la expresión de todos sus mandatos. La presencia de tu hija entre nosotras era como la presencia del áura primaveral en los campos. Sus ojos parecían como el sol de luminosos, y de melancólicos cual la luna en el desierto. Sus cánticos subían al cielo como espesa nube de incienso, y bajaban sobre nuestros corazones como el rocío sobre el terruño sediento. Cuando agitaba con su flexible talle el aire en las danzas religiosas, sentíamos oreados nuestros rostros por un aliento divino. Mil veces, al anoche-  
cer, su oración guiaba nuestras oraciones y en su voz se confundía con el arrullo último de la palo-

ma al borde de la fuente, y con el cántico primero del ruiseñor que saludaba desde los sicomoros la estrella de la tarde. Huérfanos quedan nuestros corazones; pero, Jephthé, Jephthé, Dios así lo quiere.

## JEPHTE.

¡Oh dolor de los dolores! Maldito sea el momento en que mi padre sintió hácia mi madre la primer inclinación. Maldita la negra hora en que fui engendrado. Maldita la luz que por vez primera quemó mis párpados. Un sepulcro en el vientre materno hubiera sido para este mortal infortunado la dicha de las dichas. ¿Para qué nacemos, para qué, sino para buscar por todas partes con deseos, con esperanzas, con invocaciones al porvenir, la huesa del eterno sueño, como el avaro que cava en la tierra con grandes golpes para buscar un tesoro? Sáquenme, si quieren, del número de los vivientes. Bórrese de la humana memoria el día en que nací, como se borra del aire el instantáneo vuelo del ave. Considérenme los nacidos como si nunca hubiera existido, y sumérjame el tiempo allá en la tierra donde las cenizas de unas generaciones se hallen acumuladas sobre las cenizas de otras generaciones, y todas duer-

men juntas y confundidas, hechas polvo, bajo el mismo reposo y en el mismo silencio.

LOS ANCIANOS.

Infeliz, blasfemas. ¿Dónde llevarás á tu hija que no la persiga el fuego de la cólera celeste? Morirá bendecida si muere por los mandatos de Dios; morirá devorada por la cólera celeste si muere contra sus mandatos. Desobedeces á Jehová y matas á tu hija. Desobedeces á Jehová y sacrificas á tu pueblo. La hora será maldecida en que triunfaste. Y el pueblo pondrá tu nombre y el nombre de tu hija entre las sombras maldecidas, cuando debia ponerlos entre las estrellas del cielo.

LA HIJA DE JEPHTHÉ.

Padre mio. Yo preparaba el hogar para recibirte vencedor. Yo apercibia los odres de leche, los panes ázimos, los corderillos inmaculados para ofrecer sacrificios á Jehová y banquetes á los ancianos de nuestras gloriosas tribus. Yo hilaba ya la lana, blanca como el ampo de la nieve, para mi túnica de desposada. Mis megillas se habian cubierto de carmin, mis ojos de éxtasis, mis en-

trañas de conmovedores afectos al ver pasar un jóven guerrero. Yo pensaba pedirte para él y para mí tus santas bendiciones. Pero yo renunció á la felicidad de ser hoy tu hija y á la felicidad de ser mañana la madre de tus nietos, con tal que tú cumplas el voto ofrecido á Jehová para que sea su voluntad cumplida en la tierra y en el cielo. Yo prefiero morir sobre el ara santa, entre el humo del incienso, con el frio cuchillo á la garganta, y el cántico sagrado al oido, bendecida por mi pueblo y sus sacerdotes, con la fé y la esperanza en el corazon; yo prefiero morir á vivir fuera de mi pueblo, apartada de todos como el leproso en el desierto, entre maldiciones, sin esperanza siquiera de acogerme en el seno de una divina esperanza, ni mirar á las alturas en demanda de un consuelo.

JEPHTHÉ.

Hija mia, cúmplase la voluntad de Dios y tu propia voluntad.

EL PUEBLO (*de rodillas*).

Alabado sea Jehová, alabado eternamente. Jep-

thé, despues de haber vencido á los ammonitas, se ha vencido á si mismo. Una víctima, Jehová, digna de tu grandeza y de nuestro pueblo, morirá sobre el ara santa. Aspira el olor que salga del humo de sus carnes calcinadas, y envíale en cambio bendiciones y bendiciones sobre tus hijos, sobre el pueblo de Israel. Vamos, Jephthé, vamos al sacrificio; tu sangre será bendecida eternamente, y las vírgenes de Israel consagrarán una festividad eterna á llorar la virginidad de tu hija malograda para el mundo, pero eternamente bendecida en el templo de nuestro Dios.

## XII.

ORIEL (*solo*).

¿Cómo el esclavo creará en vuestros dioses? ¿Cómo su corazón podrá abrirse á vuestras creencias? Una divinidad implacable admite el voto de un hombre en delirio. Este hombre ofrece el sacrificio de la primer persona que salga á recibirle á la puerta de su casa. El corazón de un esclavo presente lo que no ha sentido el corazón de un padre. Ha visto mil veces pasar ante sus ojos la figura hermosísima de la hija de Jephthé. Allá, en el fondo de su sér, ha experimentado extraño sentimiento de inclinacion hácia esa casta y divina virgen, cuyos ojos tienen un rayo de luz para estas tinieblas; cuyos labios tienen una palabra de consuelo para estos dolores. Quiere adelantarse, ofrecerse al sacrificio, y se lo impiden las bárbaras leyes, las bárbaras costumbres que lo conde-